

¿Intercambio Justo?

Isaac Asimov

Estaba derivando hacia adentro y hacia afuera, y de tanto en tanto oía un breve fragmento de una melodía en mi cabeza.

Me llegó la letra: «Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad».

Tuve conciencia de que había luz, luego del rostro de John Sylva inclinándose sobre mí.

–Hola, Herb –dijo su boca.

No oí las palabras, pero vi su boca formándose. Asentí, y derivé de nuevo hacia afuera.

Había oscuridad cuando derivé de nuevo hacia adentro. Una enfermera estaba haciendo algo sobre mí, pero permanecí quieto y ella derivó, alejándose.

Me hallaba en un hospital, por supuesto.

No me sorprendió. John me había advertido, y yo había corrido el riesgo. Moví las piernas, luego los brazos... muy suavemente. No dolían. Los sentía. Me pulsaba la cabeza, pero eso también era de esperar.

«Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.»

Tespis, pensé, jubiloso. Había oído *Tespis*. Derivé de nuevo hacia afuera.

Era el amanecer. Sentía el sabor de zumo de naranja en mis labios. Sorbí de la pajita, y fue una bendición.

¡La máquina del tiempo!

A John Sylva no le gusta que lo llame así. «Transferencia temporal» lo llama él.

Pude oírle diciéndolo, y me deleité en ello. Mi cerebro parecía perfectamente normal. Intenté resolver problemas de memoria, y calculé mentalmente la raíz cuadrada de quinientos cuarenta y tres. ¡Nombré los presidentes por orden! Parecía estar en buena forma mental. ¿Podía decirlo realmente? Me aseguré a mí mismo que podía.

Los daños cerebrales habían sido la gran preocupación, por supuesto, y no creo que me hubiera arriesgado a ello de no ser por *Tespis*. Se necesita ser un fanático de Gilbert y Sullivan para comprender eso. Yo lo era, y también lo era Mary. Nos conocimos en una reunión de la G and S Society, nos cortejamos el uno al otro en sucesivas reuniones y asistiendo a las representaciones del Village Light Opera Group. Cuando finalmente nos casamos, un coro de nuestros amigos de la G and S cantaron *Cuando se casa una novia feliz*, de *Los gondoleros*.

Mi cerebro era normal, estaba seguro de ello. Miré al exterior, al frío amanecer gris que acolchaba la ventana, y escuché a mi cada vez más firme memoria relatar lo que había ocurrido.

—No una máquina del tiempo —oí decir en mi mente a la voz de John—. Eso es como un automóvil que tú conduces arriba y abajo por los corredores del tiempo, lo cual es teóricamente imposible. Lo que tenemos aquí es la transferencia temporal. Las mentes pueden ejercer su influencia a través del tiempo. O mejor dicho, las partículas subatómicas pueden, y si están organizadas de forma tan compleja como en un cerebro avanzado, su influencia se ve multiplicada hasta el punto de poder ser detectada y, creo, utilizada. Si dos mentes son lo suficientemente similares pueden resonar hasta el punto en el que la conciencia es capaz de deslizarse hacia delante y hacia atrás cruzando el abismo del tiempo. Transferencia temporal.

—¿Puedes realmente controlar eso?

—Creo que sí. Me atrevería a decir que cada mente resuena con muchas otras lo cual podría explicar cosas tales como los sueños, las sensaciones de *déjà vu*, las inspiraciones repentinas y cosas así. Pero efectuar una transferencia real significa una resonancia abrumadora entre dos mentes en particular, y requiere una amplificación adecuada.

Yo era uno de los centenares a los que probó. No tenía ningún sentido probar con animales. Solamente el cerebro humano posee un campo lo bastante fuerte como para ser detectado. Los delfines también, quizá, pero ¿cómo puede alguien trabajar con ellos?

—Casi todo el mundo evidencia una resonancia detectable —dijo John—. Tú, por ejemplo, muestras una fuerte resonancia en una dirección en particular.

—¿Con quién? —pregunté, interesado.

—Eso es imposible decirlo, Herb —respondió—, y no podemos estar seguros de lo precisas que pueden llegar a ser nuestras estimaciones de tiempo y lugar, pero parece resonar con alguien en Londres en mil ochocientos setenta y uno.

—¿En Londres en mil ochocientos setenta y uno?

–Sí. No podemos comprobar con exactitud nuestras mediciones hasta que podamos someter a alguien a una amplificación lo bastante grande como para efectuar una transferencia, y francamente, no espero encontrar muchos voluntarios.

–Yo soy un voluntario –dije.

Me tomó algún tiempo convencerle de que hablaba en serio. Éramos viejos amigos y él conocía mi devoción a la mística de G and S, pero imagino que no podía concebir su profundidad.

¡Mary sí podía! Estaba tan excitada como yo. Le dije:

–¡Imagina lo que puede representar eso! *Tespis* fue producida en Londres en mil ochocientos setenta y uno. Si de pronto me encontrara en aquel lugar y aquel tiempo, podría oírla. Podría...

Era un pensamiento abrumador. *Tespis* era la primera de las catorce operetas de Gilbert y Sullivan, una obra ligera y ciertamente sin demasiado éxito, pero pese a todo un Gilbert y Sullivan, y su música estaba irremediablemente perdida... Toda excepto un coro introductorio que fue usado más tarde con mucho éxito en *Piratas de Penzance*, y una balada.

Lleno de entusiasmo, insistí:

–¡Si pudiera oírla! Si pudiera poner mis manos sobre la partitura y estudiarla... Si pudiera poner una copia en una caja de seguridad en un banco y de alguna manera conseguir que fuera abierta ahora...

Los ojos de Mary brillaban; sin embargo, no perdió su sentido de lo práctico.

–Pero ¿podría hacerse? De acuerdo que cualquier cosa de *Tespis* podría ser el descubrimiento G and S del siglo, pero no hay que concebir falsas esperanzas. Aunque consigas penetrar en la mente de alguien en mil ochocientos setenta y uno, ¿puedes obligarle a hacer lo que tú deseas?

–Podría intentarlo –dije–. Será alguien muy parecido a mí si nuestras mentes resuenan tan fuertemente cruzando un abismo de tiempo de más de un siglo. Tendrá mis mismos gustos.

–Pero ¿y si te ocurriera algo a ti?

–Algunas metas bien merecen el riesgo –dije firmemente, y ella estuvo de acuerdo.

No hubiera sido Mary si no lo hubiera estado en este caso.

De todos modos, no le dije que John me había advertido que el mayor riesgo era el de daños cerebrales.

–No hay forma de predecir cuán grande es el riesgo de daños –me dijo–, ni siquiera si se producirán o no, hasta que hagamos la prueba. Yo preferiría no intentarlo con mi mejor amigo.

–Tu mejor amigo insiste –dije.

Y firmé todos los pliegos de descargo que los abogados de la John's Temporal Transfer Foundation habían elaborado.

Pero tomé una precaución. No le dije a Mary exactamente cuándo se efectuaría la prueba. Si algo iba mal, no deseaba que ella estuviera allí en aquel momento. Pronto iba a efectuar su viaje anual al Canadá para visitar a sus padres, así que ¿por qué no entonces?

–John no estará listo hasta el otoño, como mínimo –le dije, e hice todo lo que pude por aparentar decepción.

Tres días después de que Mary se hubiera ido, todo estaba listo.

No me sentía en absoluto nervioso, ni siquiera cuando John dijo:

–Las sensaciones pueden ser desagradables.

Lo deseché con un alzamiento de hombros.

–John –dije–, cuando esté en Inglaterra, ¿seré capaz de hacer algo? Voluntariamente, quiero decir.

–Esa es otra pregunta a la que no puedo responder categóricamente hasta tu regreso –dijo John–, el cual, dicho sea de paso, será automático. Incluso aunque yo cayera muerto de pronto o fallara la energía, la resonancia se cortará finalmente por sí misma, y tú serás traído de vuelta aquí. Eso es seguro, puesto que tu cuerpo físico no abandonará este tiempo en ningún momento. ¿Lo entiendes?

–Lo entiendo.

John estaba convencido de que tranquilizarme sobre este punto aliviaría la tensión y disminuiría la posibilidad de daños cerebrales. Me había tranquilizado al respecto una y otra vez. Insistí:

–¿Seré capaz de hacer algo?

–No lo creo. Sólo podrás observar.

–¿Puedo afectar a la historia?

–Eso introduciría paradojas, que es lo que hace imposible la noción habitual del viaje por el tiempo. Tú puedes observar, traer de vuelta esas observaciones, y cambiar la historia a partir de este punto, de hoy..., lo cual no introduce paradojas.

–Es mejor que nada –murmuré.

–Por supuesto. Podrás oír esa opereta tuya, posiblemente, y eso ya será algo.

Algo, pero no lo suficiente. Yo no era un músico entrenado; no sería capaz de reproducir todas las notas.

Me consolé con la esperanza de que John estuviera equivocado o, quizá, estuviera mintiendo. Si existía la posibilidad de cambiar la historia, la Oficina de Evaluación Tecnológica no permitiría que prosiguieran los experimentos. Seguramente John tenía que pretender que no existía tal posibilidad, o de otro modo sus fondos para investigación serían cortados en seco.

Me trajeron el desayuno, y la enfermera dijo, con falsa alegría:

–Bien, parece que vuelve a ser usted mismo.

Había interrumpido mis recuerdos, y el desayuno no es que fuera apetecible precisamente, pero tenía el hambre suficiente para que las gachas de avena calientes me parecieran exquisitas.

Era una buena señal y una voz canturreó en mi mente:

–Bien, bien, así es la forma en que funciona el mundo y seguirá funcionando en el futuro; mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.

Lo reconocí. Era el coro al solo de Mercurio del primer acto de *Tespis*. O al menos reconocí la letra. La música era nueva para mí..., pero era Sullivan. No había dudas al respecto.

John Sylva llegó a las diez de la mañana. Dijo:

–Llamaron para decirme que te habían quitado el suero y que seguías preguntando por mí. ¿Cómo te sientes? Pareces completamente normal.

Su alivio parecía limitado. Había una expresión preocupada en sus ojos.

–¿Estuve preguntando por ti?

Intenté recordar.

–Constantemente, mientras te hallabas semiconsciente. Estuve aquí ayer, pero no estabas despierto del todo.

–Creo recordar –dije. Luego aparté el asunto a un lado–. Escucha, John. –Mi voz era más bien débil, pero empecé desde el principio el solo de Mercurio–. «Oh, soy el mensajero celestial, de la mañana a la noche no descanso ni un momento; cumplo con mis diligencias todo el día...»

Y seguí hasta el final.

John asintió, siguiendo el compás mientras yo cantaba.

–Bonito –dijo.

–¡Bonito! Es *Tespis*. Asistí a tres representaciones en Londres. Ni siquiera tuve que hacer nada para conseguirlo. Mi alter ego..., un corredor de bolsa, por cierto, llamado Jeremy Bentford..., lo hizo por iniciativa propia. Incluso intenté conseguir una copia de la partitura. Logré que Bentford entrara en el camerino de Sullivan durante la tercera representación. No necesité mucho. Él se sentía igualmente ansioso; éramos muy parecidos, de ahí la resonancia, por supuesto.

»El problema es que fue descubierto y echado. Llegó a tener la partitura en sus manos, pero no pudo llevársela. Así que tienes razón. No podemos cambiar la historia pasada... Sin embargo, podemos cambiar la historia futura, puesto que tengo las melodías más importantes de *Tespis* en mi cabeza...

–¿De qué estás hablando, Herb? –dijo John.

–¡De Inglaterra! ¡De mil ochocientos setenta y uno! Por el amor de Dios, John. ¡De la transferencia temporal!

John casi dio un salto en su silla.

–¿Así que por eso es que querías verme?

–Sí, por supuesto. ¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Acaso no has estado aquí todo el tiempo? Dios mío, me enviaste hacia atrás en el tiempo. A mi mente, al menos.

John parecía absolutamente desorientado. ¿Acaso yo estaba diciendo tonterías? ¿Había sufrido daños mi cerebro después de todo? ¿No estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

–Hablamos mucho acerca de la transferencia temporal, sí –dijo John–. Pero...

–Pero ¿qué?

–Nunca funcionó. Lo recuerdas, ¿no? Fue un fracaso.

Fue mi turno de mostrarme desconcertado.

–¿Cómo puede haber sido un fracaso? Me enviaste hacia atrás.

John estuvo pensativo unos instantes, luego se puso en pie.

–Déjame llamar al médico, Herb.

Intenté sujetarle por la manga.

–¡No, lo conseguiste! ¿De qué otro modo puedo saber las melodías de *Tespis*? No creerás que te estoy engañando, ¿verdad? No creerás que soy capaz de haberme inventado lo que acabo de cantarte.

Pero él había pulsado ya el botón llamando a la enfermera, y se había ido. Finalmente llegó el médico, y se dedicó al ridículo ritual del examen.

¿Por qué estaba mintiendo John? ¿Había tenido problemas con el Gobierno al enviar mi mente hacia atrás en el tiempo? ¿Pretendía salvar su proyecto obligándome a mentir a mí también? ¿O pretendiendo que me había vuelto loco?

Aquel era un pensamiento depresivo y perturbador. Tenía la música de *Tespis*, pero ¿podía probar que era lo que era? ¿No era mucho más fácil suponer que se trataba de una superchería? ¿Sería capaz la Gilbert and Sullivan Society de ayudar en eso? Tenía que existir gente capaz de juzgar si aquello llevaba la marca de fábrica de Sullivan, por decirlo así. Pero ¿podría alguien demostrar algo concreto, si John seguía firme en su negativa?

A la mañana siguiente me sentía beligerante al respecto. De hecho, no pensaba en nada más. Llamé a John (mejor dicho, hice que la enfermera le llamase), y le dije que tenía que verle de nuevo. Olvidé completamente pedirle que me trajera mi correo, que tenía que contener cartas de Mary, entre otras cosas.

Cuando John llegó, dije apenas la puerta se abrió y su rostro apareció en el umbral:

–John, tengo la música de *Tespis*. Te la cantaré. ¿Sigues negando que te estoy diciendo la verdad respecto a ello?

–No, por supuesto que no, Herb –dijo, apaciguador–. Yo también me sé las melodías.

Aquello casi me detuvo. Tragué saliva y dije:

–¿Cómo puedes...?

–Mira Herbert. Te comprendo. Imagino que tú desearías que la música de *Tespis* se hubiera perdido. Pero no es así. Tienes que enfrentarte a ello. Mira esto.

Me tendió un libro con tapas de color azul. El título era: *Tespis*, letra de William Schwenck Gilbert y música de Arthur Sullivan.

Lo abrí, y lo hojeé completamente asombrado.

–¿Dónde conseguiste esto?

–En una tienda de música cerca del Lincoln Center. Puedes encontrarlo en cualquier lugar donde vendan las obras de Gilbert y Sullivan.

Durante un rato permanecí en silencio. Luego dije malhumorado:

–Quiero que hagas una llamada por mí.

–¿A quién?

–Al presidente de la Gilbert and Sullivan Society.

–Por supuesto, si me das su nombre y número.

–Pídele que venga a verme. Tan pronto como pueda. Es muy importante.

De nuevo olvidé preguntarle por mi correo... No, *Tespis* estaba primero.

Saul Reeve estaba en mi habitación inmediatamente después de comer, con su amable rostro y su oronda barriga ofreciendo un elemento de solidez al que me aferré aliviado. Era virtualmente la personificación de la Sociedad, y me sentí un poco asombrado de que no llevara su habitual camiseta de Gilbert y Sullivan.

–Me alegra enormemente ver que has salido con bien de esta, Herb –dijo. La Sociedad estaba muy preocupada.

(¿Salido con bien de qué? ¿Preocupada por qué? ¿Cómo podían saber del experimento de transferencia temporal? Y si lo sabían, ¿por qué John estaba mintiendo y diciendo que no se había producido ninguna?)

Dije secamente:

–¿Qué ocurre con *Tespis*?

–No sé. ¿Qué ocurre con *Tespis*?

–¿Existe su música?

El pobre Saul no es ningún actor. Sabe todo lo que puede saberse acerca de Gilbert y Sullivan, pero si sabe algo más, es que ha engañado a todo el mundo. La expresión de sorpresa en su rostro tenía que ser el indicio de una auténtica y sincera emoción.

–Por supuesto que existe –dijo–. Pero estuvo a punto de no existir, si es eso lo que quieres decir.

–Más bien lo que tú quieres decir.

–Bueno, tú también conoces la historia.

–Cuéntamela, de todos modos. ¡Cuéntamela!

–Bueno, Sullivan estaba disgustado por la acogida que había tenido la obra, y no pensaba publicar la partitura. Luego hubo un intento de robo. Un corredor de bolsa intentó apropiarse de la partitura; en realidad la tenía ya en sus manos cuando fue atrapado. Sullivan dijo que si la partitura era lo bastante buena para que alguien la robara, era también lo bastante buena para ser publicada. Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa, lo más probable es que hoy no dispusiéramos de esa música. De todos modos, tampoco es tan popular como todo eso. Casi nunca se ha representado. Tú lo sabes bien.

Después de eso, ya no escuché más.

¡Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa!

Así pues, yo había cambiado la historia.

¿Explicaba eso todo el asunto? ¿Algo tan insignificante como la publicación de *Tespis* había desencadenado un oleaje y había creado un tiempo alternativo, en el que yo me encontraba aprisionado?

¿De dónde había procedido el oleaje? ¿Tanto importaba la música? ¿Había inspirado a alguien a hacer algo o decir algo que de otro modo no hubiera sido dicho o hecho? ¿O había dado un giro la carrera del corredor de bolsa a raíz de su detención por intento de robo, y ese giro había iniciado el oleaje?

¿Y todo eso había alterado tanto los acontecimientos que John Sylva jamás había desarrollado la tecnología de la transferencia temporal, de tal modo que yo me veía atrapado para siempre en el nuevo mundo?

Me di cuenta de que me hallaba solo. Ni siquiera había sido consciente de que Saul se había ido.

Agité la cabeza. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía el «sí» de la transferencia temporal convertirse en un «no»? John Sylva no había cambiado. Saul Reeve no había cambiado. ¿Cómo podía haberse producido un cambio tan grande sin que existieran muchos pequeños cambios?

Pulsé el timbre para llamar a la enfermera.

—¿Puede proporcionarme un ejemplar del *Times*, por favor? El de hoy, el de ayer, el de la semana pasada. No importa.

¿Tendría alguna excusa para proporcionármelo? ¿Había una conspiración para mantenerme confundido, por alguna razón que no me podía explicar?

Me trajo uno inmediatamente.

Miré la fecha. Cuatro días después del experimento de transferencia temporal.

Los titulares parecían normales: el presidente Carter, la crisis de Oriente medio, los lanzamientos de satélites.

Fui pasando las páginas, en busca de discrepancias que pudiera reconocer. La senadora Abzug había presentado un proyecto de ley para prestar ayuda federal a la financieramente comprometida ciudad de Nueva York.

¿La senadora Abzug?

¿No había perdido las primarias para el Senado en favor de Patrick Moynihan en 1976?

Yo había cambiado la historia. Había salvado *Tespis*, y al hacerlo había borrado de alguna manera el trabajo de John sobre la transferencia temporal, y dado las primarias a Bella Abzug.

¿Qué otros cambios? ¿Millones de insignificantes cambios en insignificantes personas a las que no podía reconocer? Si dispusiera de un *Times* de Nueva York de este mismo día correspondiente a mi mundo y pudiera compararlo con el *Times* que tenía entre las manos, ¿encontraría algún centímetro de papel en cualquier columna de cualquier página repetido exactamente?

Si las cosas eran así, ¿qué había ocurrido con mi vida? Me sentía exactamente igual que antes. Naturalmente, tan sólo podía recordar mi vida del otro sendero temporal. El mío. En este... podía tener hijos..., mi padre podía seguir vivo..., podía encontrarme sin empleo...

Entonces recordé mi correo, y me di cuenta de que lo necesitaba. Llamé a la enfermera, y le pedí que llamara de nuevo a John Sylva. Tenía que traerme mi correspondencia. El tenía la llave de mi apartamento. (¿La tenía en este sendero temporal?) Sobre todo, tenía que traerme las cartas de Mary.

John no vino, pero bastante después de comer sí vino el médico. No era en absoluto para la rutina habitual de pruebas y sondeos. Se sentó a mi lado y me miró pensativamente.

–El señor Sylva me dice que se halla usted bajo la impresión de que la música de la obra de *Tespis* se había perdido –dijo.

Para entonces yo ya estaba en guardia. No iban a enviarme a una institución mental. Dije:

–¿Es usted un entusiasta de Gilbert y Sullivan, doctor?

–No un entusiasta, pero he visto varias de sus operetas; incluyendo, de hecho, *Tespis*, hará ahora un año. ¿Ha visto usted *Tespis* alguna vez?

Asentí con la cabeza.

–Sí.

Y canturreé el solo de Mercurio. Pensé que era mejor no decirle que las únicas veces que había visto *Tespis* había sido en 1871.

–Entonces –dijo–, ¿no cree usted que la música de *Tespis* estaba perdida?

–Obviamente no, puesto que me la sé.

Eso lo contuvo. Carraspeó, e intentó una nueva táctica.

–El señor Sylva parece creer que se halla usted bajo la impresión de haber ido hacia atrás en el tiempo...

Me sentí como un matador esperando la embestida del toro. Casi disfruté del momento.

–Se trata de un chiste privado –dije.

–¿Un chiste?

–El señor Sylva y yo acostumbrábamos a discutir sobre el viaje temporal.

–Entonces –dijo el médico, con una especie de perseverante paciencia–, ¿fue sobre ese tema en particular sobre el que decidieron bromear? ¿Que la música de *Tespis* se había perdido?

–¿Por qué no?

–¿Tiene usted alguna razón para desear que esa música no exista?

–No, por supuesto que no.

Se me quedó mirando pensativamente.

–Ha dicho usted que vio una representación de *Tespis*. ¿Cuándo?

Me alcé de hombros.

–No puedo precisarlo en este momento. ¿Es necesario?

–¿Pudo haber sido en diciembre del año pasado?

–¿Fue entonces cuando la vio usted, doctor?

–Sí.

–Es muy posible que la viera entonces.

–Cuando yo la vi hacía muy mal día. Caía una lluvia helada. ¿Le ayuda eso a recordar?

¿Estaba intentando atraparme? ¿Iba a contradecirme de algún modo si pretendía recordar aquello?

–Doctor –dije– obviamente no me encuentro bien, y no pretendo que todos los detalles estén claros en mi memoria. ¿Qué recuerda usted?

Aquello pasaba evidentemente la pelota a su terreno.

–Tengo entendido que aquel día el teatro estaba lleno, pese al mal tiempo –dijo–. Mucha gente había acudido tan sólo porque se trataba de *Tespis*, una obra que se representaba muy raramente, y de la que muchos ni siquiera habían oído hablar. Esa fue la única razón por la que yo acudí. Si la música de *Tespis* se hubiera perdido, y en consecuencia se hubiera tratado de cualquier otra obra,

probablemente yo no habría ido. ¿Por eso le dijo usted al señor Sylva, cuando recuperó el conocimiento, que esa música no existía?

—¿Qué quiere decir?

—¿Porque entonces usted no hubiera ido? ¿Ni hubiera tomado aquel taxi para regresar?

—No le comprendo.

—Estuvo usted en un accidente, señor.

—¿Me está diciendo que por eso es que me hallo aquí'?

Le miré con hostilidad.

—No, señor. Eso fue hace un año. La que tuvo el accidente fue su esposa.

Sentí la puñalada como si la palabra fuera un estilete de hielo. Intenté incorporarme sobre un codo, pero había una enfermera a mi lado, sujetándome. No la había visto acercarse.

—¿Lo recuerda usted? —dijo el médico.

¿Qué se suponía que debía recordar? ¿Faltaba algo peor? Ansiosamente pregunté:

—¿Mi esposa resultó muerta?

«Niégalo. Por favor, niégalo.»

Sin embargo, la vaga tensión del médico disminuyó. Suspiró ligeramente.

—Así pues, recuerda.

Dejé de debatirme. Había un fallo en la historia.

—Si es así, ¿por qué estoy yo en el hospital ahora? —pregunté.

—Entonces ¿no recuerda?

—Dígamelo usted.

Él iba a hacer que me enfrentara a la realidad. A su realidad; la realidad de su sendero temporal. Aguardé sus palabras.

–Desde entonces se hallaba usted sumido en una terrible depresión –dijo–. Intentó suicidarse. Nosotros le salvamos... Le ayudaremos.

No me moví. No hablé. ¿Dónde podía haber ayuda para mí?

Había cambiado la historia. Nunca podría regresar.

Había ganado a *Tespis*.

Pero había perdido a Mary.